

Miró al recibir en 1979 el doctorado honoris causa de la Universidad de Barcelona expresó: «El artista utiliza, en el silencio de los otros, su propia voz para decir... lo que puede servirles. El hecho de poder expresarse, cuando la mayoría de la gente no tiene la posibilidad de hacerlo, le obliga a procurar que su voz sea en cierta medida profética, que sea casi la voz de la comunidad a la que pertenece».

«Cuando el artista habla, rodeado de una cultura internacional y de refinamientos elitistas, no debe dejarse encerrar en los recintos de los privilegiados, sino que debe comunicar directamente —para aprender cosas y expresarlas— con sabiduría profunda del pueblo, origen y destinatario de toda empresa verdaderamente humana...».

Pero hay el Miró pensador, el Miró que ahora deseo evocar. Para Miró, pues, el artista tiene que hacer sonoro el silencio de los silenciosos y silenciados. Porque este silencio de los otros, de los humildes, de los oprimidos, de los humillados, tiene que convertirse en grito para el artista y tiene un precio para él: el de su propia dignidad. Mientras siga habiendo conflictos y silenciosos a

la fuerza, los artistas, el arte, seguirá siempre siendo verdadero.

*¿Carece la cultura de prestigio?*

Fíjese en que —y por ello es bueno recorrer a veces las siglas de las instituciones—, al final de la segunda Guerra Mundial, con una enorme lucidez, gracias a la pasión o a la compasión de lo que se acababa de vivir, se redactó la Declaración Universal de Derechos Humanos, se redactó la Carta de las Naciones Unidas; se establecieron las instituciones de Bretton Woods y de San Francisco, y se redactó la Constitución de la UNESCO, que es seguramente una de las piezas más bellas y más profundas que ha dado la cooperación internacional. ¿Por qué fue esto posible? Lo fue porque hubo estabilidad que es absolutamente indispensable para todo desarrollo, siguiendo tres grandes vías, ninguna de las cuales puede faltar: la educación, la ciencia y la cultura. ¡Cuántas veces ha sido la cultura un elemento casi ornamental, decorativo!

Recuerdo con sabor agrí dulce que cuando yo mismo tuve el honor de ser Ministro de Educación y Ciencia en España, al final de muchos acuerdos bilaterales se añá-

dían algunas actividades culturales como algo complementario, como «detalle final».

Y sin embargo, desde el momento en que quizás con mayor trascendencia histórica que nunca, se produjo por la lucidez de una sola persona el colapso de la opresión que representaba el mundo comunista, nos hemos visto confrontados con la realidad de lo que significa la cultura. Y hemos aprendido que la cultura es hoy una de las causas fundamentales de la inseguridad, de la inestabilidad, y que la convivencia interétnica y el diálogo intercultural —esto que hasta hace poco era «ornamental»— han pasado a ocupar el primer lugar del programa político de buena parte de los dirigentes mundiales.

Quiero decirles, por tanto, que cuando yo me refiero a educación, me estoy refiriendo a educación, ciencia y cultura, estas grandes vías que convergen en el despertar del potencial creativo que es distintivo de la condición humana. Nadie más puede crear. Pueden hacerlo quienes pertenecen a esta especie, sea cual sea el color de su piel, sea cual sea su sexo, sea cual sea el lugar en el que viven.